

Los Zapatos



por Fred Killam

Don Oscar, el nuevo pastor, se detuvo un momento en descargar los escasos muebles del carretón al ver venir por la calle un ancianito cojeando con su bastón. El pastor se le acercó y le alargó la mano con un saludo muy cordial. El ancianito siguió su camino sin voltearle la cara y sin devolverle ni siquiera un, “buenos días”.

“Algo pasa aquí”, pensó don Oscar quitándole su sombrero y rascándose la cabeza. “Esto va a requerir oración e investigación”.

El nuevo pastor continuó su trabajo, pero bastante pensativo. “Debe haber alguien que me informe de este caso”, dijo entre sí.

En seguida preguntó a uno de sus feligreses acerca de este ancianito que vivía en la vecindad. Riéndose el hermano le dijo; “Algunos creen que el viejo es loco. Ciertamente a veces da razón por creerlo, pero yo no creo que esté loco, simplemente es un hombre muy malo. Jamás en mi vida me he encontrado con un hombre tan obstinado y malcriado. Él ha vivido en esta casa durante diez años y no

habla con nadie salvo en caso de gran necesidad y cuando habla insulta y regaña de modo que da pena oírle”.

El hermano también le contó de varias familias que habían vivido en la casa donde el nuevo pastor iba a vivir con su familia. Y en cada una de esas familias había dos o más muchachos que se daban gusto en molestar al ancianito. Le robaron sus sandalias, soltaron sus vacas en su milpa y molestaron a su perro. El ancianito siempre se enojaba con estas travesuras y eso dio gusto especial a todos los muchachos de la aldea. Ellos rompieron sus vidrios, robaron las ruedas de su maquinaria y aun lo apedrearon si se hallaban a una distancia segura de él.

El nuevo pastor propuso de una vez conquistar la amistad de Jaime. Dio órdenes a sus hijos que siempre lo trataran con cortesía y cariño.

No le ocasionó ninguna sorpresa cuando Jaime no aceptaba su cariño. Siempre y cada vez que algún miembro de la familia saludaba a Jaime cuando pasaba por la casa, el ancianito les dio una mirada de odio y desprecio. Nunca le saludaba. Una tarde de sábado hermano Oscar dispuso visitarle a Jaime en su casa para invitarle al culto el día siguiente. Enfurecido Jaime, con gritos, le mando retirarse inmediatamente de su jardín bajo amenaza de matarlo. “Un maldito predicador me robó mi esposa”, gritó el hombre enfurecido. “Y desde aquel tiempo no tengo nada que ver con Dios, mucho menos con esos perversos predicadores”.

“Usted manda, señor”, contestó hermano Oscar con calma y bondad.

Después de esto, el pastor probó por medio de cartas, escribiéndole a Jaime cada semana tratando de convencerle de que era injusto culparle a Dios y a todos los demás predicadores del pecado de un hipócrita. Pero jamás sus cartas fueron contestadas.

Doña Elena, la esposa del pastor, hizo el intento de darle el cariño ofreciéndole pasteles y galletas cuando Jaime pasaba por la casa. Pero Jaime simplemente los rechazaba. Un día ella hizo algunas galletas especiales y las puso sobre uno de sus mejores platos. Ella encargó a Martita su niñita de tres años, que las ofreciese a Jaime que en ese momento pasaba frente a la casa. Martita, levantando el plato en sus manitas con vocecita dulce de niña inocente, saludó al vecino, “Don Jaime, ¿quiere unas galletas?”

El ancianito le hizo mala cara e intentó seguir su paso, pero no pudo. Se paró y contempló el rostro de la niña que cariñosamente sostenía el plato. Entonces con una pequeña sonrisa, aceptó el plato y le dijo: “Muchas gracias”.

Poco después intentó devolver a escondidas el plato y dejarlo en el corredor sin que nadie lo viera, pero doña Elena, precisamente en ese momento, salió de la casa y viéndole le saludó y agregó, “¡Pase, don Jaime, pase adelante!”

“No puedo porque voy preciso. Solamente le devolví su plato”.

“Ojalá que las galletas le hubieren gustado”, le dijo doña Elena.

“Pues . . . la niñita . . . pues . . . bien me gustaron”, al fin logró decir.

Una que otra vez durante la semana Martita y Mayra, la hermana de cinco años, regalaron a Jaime algún otro dulce. Siempre con propósito de no tener que devolver el plato, él aceptaba la comidita tomándolo del plato. En seguida doña Elena, con el fin de obligarle aceptar el plato con tal de tener que

devolvérselo, le servía algún flan o pudín. Jaime, al devolver el plato, acostumbraba detenerse para charlar unos breves momentos. El ancianito esperaba que los hijos del pastor, David y Jonatán, le hicieran alguna travesura como los demás muchachos, pero nunca lo hicieron. El sospechaba en el principio que la comida no era nada más que el bocado para lograr que asistiese a la iglesia y para sacarle dinero. Sin embargo, la amistad de la familia del pastor era genuina. Y al paso que Jaime cedía un poco delante tal amistad descubrió que, de veras, él se sentía muy solo en el mundo. Las ofertas de amistad aumentaron su soledad y poco a poco sus visitas con la familia del pastor llegaron a ser más frecuentes y más prolongadas.

Una mañana cuando Jaime juntó fuego en la concina, el humo de manera terrible llenó toda la casa. Averiguando a la razón descubrió una lata sobre la boca de la chimenea sostenida con unas piedras. Sintiéndose muy débil y muy grande para poder subir el techo, fue a la casa pastoral para ver si uno de los varoncitos le haría el favor de subir y quitársela. En su corazón esperaba que los niños le hicieran burla y negaran ayudarle. Sin embargo, David aceptó con gusto hacerlo. Le contó, “Yo escuché a los muchachos de la escuela cuando planeaban hacer esta travesura. Unos convinieron en molestar al perro mientras otros subían al árbol y pasaban al techo,” así David contó a Jaime mientras que se encaminaban hacia la casa.

“Y por qué no me contaste todo eso?” preguntó el ancianito.

“Simplemente porque yo no podía hacerlo sin llegar a su casa y yo no quise que usted me matase”.

“¿Matarte a ti?”, exclamó Jaime con gran sorpresa.

“¿No se acuerda que Ud. ofreció matar a mi papá si él se atrevía entrar en su jardín?”

“Pues, ciertamente, yo dije eso. ¿Verdad? Pero ya no es así. Yo voy a tu casa y voy a contar a toda la familia que son bienvenidos a mi casa en cualquier momento”.

Jaime ya ofrecía su amistad pidiendo que los muchachos le ayudaran con partir la leña, limpiar su jardín, ordeñar sus vacas y hacer sus mandados. Su perro, tan bravo con los demás muchachos de la aldea, se hizo muy amigo de David y Jonatán y Jaime quedó encantado con la cortesía, amistad y servicios de los muchachos, aunque al principio no se atrevía manifestar su placer.

¡Qué gran cambio había acontecido en el anciano durante esos pocos meses! Cada día Jaime visitaba a Martita cuando ella tenía la escarlatina y tuvo que estar aislada de sus hermanos. Él y ella llegaron a ser muy buenos amigos.

Las ofrendas que se juntaron en la iglesia durante el verano eran muy escasas. Un miembro de la iglesia había dejado sin cortar algo de la cosecha de algodón. Este producto estaba en el campo aun en el mes de diciembre. Lo ofreció al pastor y su familia si ellos quisieran cortarlo. Doña Elena, desde su niñez sabía cortar el algodón rápido y quiso acompañar a la familia en la tarea, pero aquella mañana Martita había caído con paperas. Precisamente en ese momento, Jaime visitando la familia se dio cuenta del problema. Él ofreció cuidar a Martita mientras que doña Elena acompañaba a su esposo y niños en el campo. Martita quedó encantada.

Era un día caluroso tal como se conoce en la parte sur del estado de Texas y todos los niños andaban descalzos. Los zapatos quedaron en casa y Martita sin otra cosa con que jugar, se entretenía amarrando los zapatos entre sí, arrastrándolos, llamándolos su tren.

“Mi abuelita siempre nos regalaba nuevos zapatos para la Noche Buena, pero ella falleció”, contaba Martita deteniéndose un rato en su juego. Jaime se fijó que todos los zapatos eran muy gastados y sabía bien la razón por la cual los hijos del pastor se presentaban en la escuela descalzos. “Pero Papaíto nos dice que no hemos de esperar nuevos zapatos esta Noche Buena porque solamente Dios conoce nuestros tamaños”. Ella acercándose a donde Jaime estaba sentado y recostándose sobre el brazo del sillón miró atentamente en el rostro del viejito. “¿Crees tú que Dios nos mandará zapatos nuevos esta Noche Buena? Él sabe que todos los necesitamos”, ella dijo con toda la franqueza y sinceridad de una niña de tres años.

“No, yo no creo que Dios regale zapatos”, dijo Jaime con mucha duda. Pero al ver las lágrimas llenar los ojitos de la niña él dijo, “Pues, pudiera ser que sí lo haría”.

Aquella tarde mientras Martita tomaba su siesta, Jaime tomó cada zapato, anotó su tamaño en un papelito y lo metió en su bolsa. También se fijó en las viejas muñecas de trapo de las niñas y también en la falta de juguetes para los varones.

Aquella noche Jaime tomó el catálogo del almacén del pueblo e hizo un pedido. Pidió un trencito para el varón más pequeño, muñecas para las niñas y lindas navajas para los varones grandes.

Unos días antes de la Noche Buena, Jaime visitó en la casa del pastor, y Mayra, acercándosele, le dijo: “Jaime, adivine lo que vamos a tener para el almuerzo el veinticinco. Ardilla, pastel de ayote, pan de maíz y elotes. ¿No le gustaría venir a almorzar con nosotros?” Al oír hablar de comida tan simple para el día de la mayor fiesta del año, Jaime salió corriendo de la casa con tal de que nadie viera las lágrimas en sus ojos.

Temprano en la mañana del veinticuatro, Jaime pasó por la tienda más surtida del pueblo y contó al gerente, “Yo tengo que comprar más víveres que yo pueda cargar. ¿Me hará el favor de entregarlos a domicilio?”

“Cómo no. Siempre entregamos a domicilio compras mayores de veinte dólares”.

Jaime quedó mirando los grandes pavos preparados de venta entre las carnes. Señalando con el dedo a uno de los más grandes, preguntó: “¿Cuánto vale éste?”

El muchacho que le atendía le decía, “Pero le podemos vender la mitad de ese en caso que el ave completa sea mucho par Ud.”

“Muchas gracias, pero no tenga pena. Favor de darme este grande”. Los dueños de la tienda se quedaron muy admirados que un solo hombre comprase veinte clases de confites y un poco de cada cosa de la tienda. Otro de los muchachos mostrando su sorpresa le preguntó, “Don Jaime, ¿le van a visitar sus familiares el veinticinco?”

Secamente Jaime contestó un simple, “No”.

“Para un solo hombre, esos víveres alcanzarán para mucho tiempo, digo yo”, dijo otro empleado de la tienda con un esfuerzo de sacar de don Jaime una explicación por su compra tan diferente de las acostumbradas. “No creo”, dijo Jaime y el empleado tuvo que conformarse aun quedando con su inquietud.

Jaime subió en el Pick-up al lado del chofer y el mandó que pasara a la casa del pastor. “Pero esa no es la casa de usted. Aquí vive el predicador”, el chofer protestó. “¿Tú crees que yo no conozco a mis vecinos?”, respondió Jaime.

Con expresiones de sorpresa el chofer ayudó a Jaime a amontonar los víveres sobre la mesa en la cocina. Y echando un vistazo por lo demás de la casa, dio cuenta que ninguno se hallaba presente.

Cuando Jaime compró papel para envolver regalos de navidad y moños rojos y verdes en la otra tienda, le dio una sorpresa tan grande a quien le despachó como había dado en los que le despacharon los víveres. Una vez más en la casa Jaime cariñosamente envolvió cada par de zapatos en paquete parte y puso el nombre del dueño sin indicar quien se los había regalado. Bien, en la navajas, muñecas y tren indicó que fueron de Jaime.

La familia del pastor asistió al programa de Noche Buena en la iglesia aquella noche. Y mientras estuvieron ausentes, Jaime entró secretamente en la casa pastoral y dejó sus regalos sobre la mesa del corredor.

Al regresar a su casa se sentó en su sillón delante de la chimenea en la sala. Mientras descansaba pensaba que jamás en su vida había sentido tan feliz. “Más bienaventurado es dar que recibir”. ¿De dónde había escuchado eso? Seguramente en la escuela dominical hace muchos años.

El ruido de pisadas en el corredor, voces de niños y el toque de la puerta, le despertaron de su meditación. De repente la puerta se abrió y entró toda la familia del pastor gritando: “¡Feliz Navidad, don Jaime!” Entonces los niños le agradecieron sus juguetes y cada uno le dio un abrazo de saludos cariñosos. Jaime alzó la vista y contempló el rostro del pastor que reflejaba el mismo cariño y amor.

“Hermano Jaime, mil gracias por cada juguete que obsequiaste a los niños. ¿Pero sabe usted algo acerca de los zapatos?”

“¡Zapatos!” preguntó Jaime haciendo el esfuerzo de ponerse cara seria. “¡Zapatos! ¿Por qué? ¿Qué hubo de los zapatos?”

“Oh, hermano Jaime” dijo el pastor apretando su abrazo, “¿Aceptaré la invitación de almorzar con nosotros mañana? Usted sabe que conviene que las familias enteras almuercen junto el veinticinco”.